



MAEVA NIETO PIÑERO

UNA
VOZ
ENTRE LAS
GRIETAS

Literup

LITERUP EDICIONES

© *Una voz entre las grietas*, Maeva Nieto Piñero, 2024.

© de la portada y grafismos interiores, Libertad Delgado, 2022.

© de la corrección, Meritxell Terrón, 2024

© de la maquetación, Scarlett de Pablo, 2024.

Lectores beta: Celia Añó, L. J. Salart y M^a Pilar Vicente.

Primera edición: febrero de 2024

© Literup Ediciones

www.literup.com

Depósito legal: V-449-2024

ISBN: 978-84-126332-4-5

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Enfermedad neurodegenerativa o cáncer; pérdida de un ser querido; xenofobia (recurrente). Accidente de coche, tren o avión; incendio; muerte o asesinato (explícita). Sangre, gore o lesiones; sexo; adicciones o síndrome de abstinencia (leve). *Bullying*; capacitismo o cuerdismo; clasismo; hospitalización; sexismo o misoginia (mención).

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita:
literup.com/contenido-sensible o escribe a contacto@literup.com

A quienes no encuentran aún su identidad,
con esta historia yo comencé a buscar.

«—Tú, que tienes el espíritu del fuego, da siete vueltas alrededor del gólem y pronuncia la palabra sagrada.

El estudiante obedeció. Al dar la primera vuelta, la arcilla comenzó a secarse, a la segunda el gólem empezó a soltar calor. Cuando dio la séptima ya ardía».

El gólem de Praga.



PRÓLOGO

LJUBLJANA, 1920.

Si había algo grabado en su alma, era el olor del río en las noches de septiembre. Cuando dormía con la ventana abierta, la brisa se colaba entre las cortinas y llenaba todo con el aroma de los abedules aún frescos. Se mezclaba con el de las azaleas, que hacían feliz a su madre. Juntos creaban un trocito de bosque en su diminuto cuarto.

En momentos así, a sus nueve años, Thilo se arropaba hasta los hombros. Siempre abrazado a su caballero de trapo y a un viejo libro de cuentos. Tenía las tapas marrones y hojas a punto de caerse como si el otoño fuese a llegar también para ellas. Su padre lo había comprado en una tienda de segunda mano más allá de su ciudad, fuera del país y cruzando las montañas.

Desde que regresó todo había mejorado. Después de cenar, se sentaba a su lado y encendía la pequeña lám-

para de la mesilla. El niño siempre se quejaba de que su peso hundía el colchón. Pero eso le gustaba, le hacía auténtico. Era increíble tenerle ahí; de nuevo para su madre, por primera vez para él. Un mes antes, aquel hombre solo era una firma al pie de una carta. Poco más real que las hadas de las narraciones que tanto le fascinaban. Y, de pronto, existía más allá de la tinta.

—¿Qué vamos a leer hoy? —dijo una de esas noches mientras le despeinaba el pelo rubio—. ¿Un cuento de aventuras? ¿De magia? ¿Tal vez uno de terror?

Thilo abrió el libro por una página marcada con un naipe. El inicio del relato aparecía ilustrado con un anciano, que se ponía de puntillas para tocar la cara de un hombre enorme. Las dos figuras eran muy diferentes, no solo por el tamaño. Los trazos que los formaban no parecían hechos por la misma mano. El viejo barbudo tenía detalles en la túnica y rizos en las sienes. Pero el otro, el gigante, era apenas un esbozo. No había expresión en su rostro. Sin saber de qué trataba la leyenda, el niño dedujo que no era humano. La imagen estaba coronada por letras enormes y enrevesadas. Thilo se mordió los labios y tomó aire antes de pronunciarlas:

—El... el gólem de Pra... Praga. —Titubeó. Luego miró a su padre para confirmar que lo había dicho sin errores.

—¡Muy bien! Hay que ver qué rápido aprendes, renacuajo.

Los ojos verdes del pequeño chisporrotearon. Llevaba varios meses estudiando checo. Al principio, fue junto a su madre. Con ella leía las cartas que recibían

desde más allá de las montañas. Empezaron por los colores y los animales. Después, fueron las leyendas.

Todos los días decían que se irían a Checoslovaquia. No sabía dónde estaba, solo que tardarían bastante en llegar y que era el país al que su padre se había marchado a trabajar hacía años. Le habían prometido que allí se quedarían los tres juntos, que ya no se separarían más. Así que Thilo quería esforzarse en aprender su idioma.

Antes de continuar, trató de despejar sus dudas:

—¿Qué es un gólem?

—Es un guardián que te protege de las cosas malas —le explicó con seguridad, se notaba que era profesor—. Pero eso ahora lo veremos. ¡Vamos, cuéntame qué pasó con ese!

Sus ojos volvieron a los renglones del libro de leyendas checas y se aclaró la voz. Línea a línea, descubrió la historia de un viejo rabino y del hombre de arcilla. Lo había creado para cuidar a sus seres queridos, como le había dicho. Durante todo el relato, se rieron por la torpeza de la criatura. Era gracioso imaginarlo, tan grande y tan fuerte. Hasta que, por un error, destrozó la ciudad. Al final del cuento, el anciano sacrificó a su guardián para que nadie saliera herido. Thilo dejó el libro sobre sus piernas sin cerrarlo del todo.

—¡Vaya! ¡Qué historia más curiosa! —dijo su padre con la voz colmada de risa.

Sin embargo, el niño no despegó los ojos de las ilustraciones. En la última, se veía el enorme cuerpo del hombre de arcilla abandonado en el desván de la sina-

goga. Olvidado por todos y, a la vez, recordado como un monstruo.

—¿Pasa algo?

—No me gusta el final. El gólem no era malo —inquirió un poco molesto porque no pensara igual.

Volvió la mirada al adulto. Este pestañeaba más de lo necesario, no le comprendía. El niño apretó los puños alrededor del borde de la manta. Buscó un modo de explicarse.

—Él no tenía culpa... Fue un error. No era malo. Fue culpa de que no le dejaron descansar. —Hizo una pausa. Se sentía frustrado porque no encontraba las palabras adecuadas. Así que continuó de otra manera—: Cuando sea mayor escribiré una historia sobre él que acabe bien.

El hombre despegó los labios para decir algo, pero no lo hizo. En ese mismo momento, el sonido del cerrojo al abrirse le interrumpió. Unos pasos se arrastraron por la madera del suelo. Hubo un suspiro sin fuerzas, que se convirtió en una frase:

—Ya estoy en casa.

Thilo dio un respingo y su padre soltó una ligera carcajada. Ese comentario no era un saludo, sino un aviso. Su madre insistía mucho en que no quería verle despierto cuando llegaba del trabajo. Ya era la tercera vez en esa semana que le pillaba levantado. Si cumplía su amenaza, al día siguiente no habría postre.

—Venga, no te preocupes. Yo te cubro. No queremos que mamá se enfade. —Su padre le leía la mente.

El adulto se puso en pie y le revolvió el pelo de nuevo. Pronto se quedó solo. Dejó el grueso libro de leyen-

das en la mesita, no muy lejos por si leía a escondidas un poco más, y apagó la luz. Las letras del cuento todavía permanecían grabadas en sus retinas. Las palabras se mezclaron con los retazos de conversación del salón.

Su madre estaba cansada. Siempre estaba cansada. Aunque la intentasen animar con la nueva vida que los esperaba, ella no sonreía. En vez de eso, hablaba de la epidemia. De los niños del hospital. De cuántos habían vuelto a sus casas y de cuántos habían muerto. Al llegar a esa parte, Thilo se tapó la cabeza con la manta. Cerró los ojos con fuerza y se concentró en una única idea: las historias que quería contar.

Historias que acabaran bien.

PRIMERA PARTE

EL GÓLEM

«—Será sencillo —aseguró el demonio. Su sonrisa recordaba a una cuchilla brillante y afilada—. Escribe para mí. Tráeme una historia cada noche sin luna y yo te convertiré en el mejor. Te daré el don de encontrar esos relatos y hacerlos tuyos. Solo hay dos reglas. La primera: no podrás abandonar Praga.

El joven aguantó la respiración, le dolían las costillas, pero no quería interrumpir.

—La segunda es que no me mientas».





DOMINGO 8 DE ABRIL DE 1934.
LUNA MENGUANTE.

El ir y venir de las manecillas retumbaba dentro de su pecho, obligaba a su corazón a no dejar de latir. Tic, tac. Uno, dos. Sístole y diástole. Sonaban en una sintonía ya cercana al anochecer.

Thilo Velesý, escritor, joven, con un éxito incipiente, había estado en los rincones más peculiares de la ciudad. Había saltado murallas, bajado a zonas subterráneas olvidadas y recorrido todo el entramado del tranvía. Hacía lo que fuese necesario para encontrar la chispa de una nueva historia. O eso fue lo que dijeron de él cuando publicó su quinto relato más de dos años atrás.

Sin embargo, esa era la primera vez que entraba en el Reloj Astronómico. En pleno centro, todas las calles de Praga confluían en él. Marcaba el transcurso de las horas, de los años, de los siglos... Tras su esfera no había solo un millar de engranajes, sino un número similar de leyendas. Cada rueda dentada contaba la suya. Sus

voces reverberaban y se ensamblaban unas con otras, eran parte del mismo mecanismo.

«Quinientos catorce años dan para muchas historias», meditó mientras sus pupilas recorrían las sombras que la única bombilla dibujaba en los muros.

La sala era diminuta y la mayor parte estaba ocupada por la maraña de hierro. Apenas era capaz de moverse por ella sin tropezar con un apóstol de madera. Aquel cuarto era el corazón de uno de los orgullos de Praga y, aun así, olía a óxido. Habían pintado las paredes de un azul que simulaba el del cielo, pero ya tenían algunas manchas concéntricas que lo afeaban. La madera del suelo era vieja. Chirriaba quejumbrosa con cada uno de sus pasos. Aquella maravilla de la relojería sufría la primera gran crisis del país como un habitante más. Decían que los fondos de la empresa que lo mantenía habían ido a otros asuntos y se notaba en el hedor de la humedad. La melancolía se había acumulado en las esquinas en menos de una década de soledad. Las figuras del carrusel se quejaban con un hilo de voz moribundo.

—¿No hay más que esto? Es un poco... decepcionante. —Esa vez habló en voz alta para que el señor Hainz le escuchase desde el umbral. También le miró mientras se mordía el labio inferior. Sabía que aquel gesto siempre acentuaba su impaciencia.

El encargado de cuidar el mecanismo negó con la cabeza. Era fuerte, de cara cuadrada y ceño fruncido, con el que le observaba. Se movía despacio, sin tocar más de lo necesario y con el cuello bien estirado. Ensuciarse el traje gris marengo que llevaba no parecía una

opción. Se trataba de un hombre de negocios, no un simple relojero como sus antecesores. Al principio, había estado receloso. A nadie le agradaba que ese extranjero de acento marcado por los silbidos pasease por las tripas de los monumentos. No obstante, como todos, cedió al final.

En ese momento, sus labios tensos dejaban claro que se sentía juzgado por haber abandonado aquella maravilla a su suerte. Thilo era consciente de que su expresión nunca se había caracterizado por la neutralidad. Lo más seguro era que hubiese notado el terrible asco que le daba la humedad o el desprecio por el polvo.

—Mire, caballero. —Su tono delataba que la pregunta le había molestado—. No sé qué rayos es lo que busca. Mi familia lleva tres generaciones al cuidado de este reloj, si hubiese algo raro lo sabríamos.

Thilo no le contestó. En vez de eso, dio otro paso con las manos en la espalda. No tenía ni pluma ni libreta. Solo un par de ojos verdes, que lo miraban todo con el descaro de un gato. Los engranajes aún pedían que los escuchase. En el carril, los doce apóstoles esperaban que el minuterero llegase a lo más alto para dar su paseo de las ocho. Las figuras se turnaban al hablar, como si fuesen un todo. Las ignoró, pese a que llamaban su atención.

El recorrido se limitaba a unos metros, en los que solo había telarañas y una escalera plegable olvidada en un rincón. No le había dado importancia hasta ese instante. Separó las manos y se quitó uno de sus guantes. Tocó el peldaño metálico que quedaba a la altura de su hombro.

—Aquí hay un desván, ¿cierto?

El señor Hainz le miró. Primero, con extrañeza. Después, con la misma hostilidad que había demostrado al conocerle. Thilo vio cómo se rascaba la barbilla. Tenía un don para descubrir a los mentirosos porque él se consideraba uno. Leía las caras igual que leía los libros.

—Mi abuelo y, tras él, mi padre pusieron mucho cuidado en reparar y mantener este lugar. —Habló con un tono brusco y contundente como un hacha sin afilar. Evadía la pregunta y no le sorprendió—. Se revolverían en sus tumbas si se enterasen de que un eslovaco corretea por el reloj. Ni siquiera me ha dicho qué es lo que quiere. ¡No sé por qué accedí a acompañarle esta tarde!

—Entonces sí que hay un desván. —Soltó una risilla victoriosa—. Y deduzco que en él se esconden cosas muy interesantes.

Tras esa frase, Thilo guardó silencio. No esperaba una respuesta de su anfitrión, encontrar la entrada al trastero era más productivo. Alzó la mirada. El techo era de madera, igual que el suelo. El único motivo que había para no cubrirlo de yeso y pintura era no cerrar alguna puerta. Sus pupilas recorrieron las vetas y juntas de los tablones. Se toparon con un cuadrado recortado. Estaba bastante bien disimulado, de no haberlo buscado no se habría percatado de su existencia.

El joven agarró la escalera de aluminio por el mismo peldaño que ya había tocado. De reojo, vio que la cara del empresario se tensaba. Torcía la boca y una gota de sudor caía por su rostro.

—¡Espera! Te di permiso para entrar en el reloj, no para que te colaras donde quisieras.

Thilo giró la cabeza hacia él con hastío. Aunque la escalera fuese ligera, cargarla demasiado tiempo era cansado, así que la apoyó en el suelo. Se recostó sobre ella con gesto aburrido. Soltó un profundo suspiro como detalle final.

—Señor Hainz —dijo ya algo harto de él. Por una vez que había pedido permiso se topaba con el hombre más cabezota de Praga—. Podríamos estar así toda la tarde. Pero, de verdad, me importa muy poco lo que usted tenga en el legado de la ciudad. Lo único que quiero es encontrar el objeto que mi patrocinador me ha encargado, mirarlo un rato e irme.

Mientras daba aquella explicación, desplegó la escalera y colocó el pie en el primer peldaño. Sin embargo, el hombre no parecía por la labor.

—¿Y se puede saber quién es ese patrocinador? ¿Por qué está tan seguro de que lo que busca se encuentra aquí?

La respiración de Thilo se cortó de golpe. Todo su cuerpo se quedó congelado antes de tomar impulso y subir al segundo escalón. Se mordió el labio inferior de nuevo, esa vez, para pensar. Decidir si merecía la pena no fue fácil. Antes de hablar repicó los dedos en el aluminio.

—Él no está seguro de eso. De hecho, soy yo quien ha estado un mes investigando para llegar a esa conclusión. Me ha pedido que escriba un relato sobre un objeto y necesito verlo. —La voz le salió mucho más al-

terada de lo que le gustaba. Tomó aire. Puso una de sus mejores y más falsas sonrisas—. Soy un pobre cuentista inocente por completo. Un pobre esloveno —remarcó— que quiere ganarse el pan con unas historietas.

El empresario arrugó la cara, parecía un perro a punto de ladrar. No creía ni una palabra, pese a que esa fuese la parte fácil de la respuesta. Era demasiado evidente que esquivaba la pregunta. Eso solo conseguía que las cejas del hombre se juntasen más en su mueca de enfado. Maldijo con un chasquido de lengua.

—Exijo saber quién es esa persona y qué es lo que pretende al mandarte aquí. Estoy en mi derecho.

—De verdad que no quiere, señor —insistió con una risa ya más nerviosa que sarcástica.

Ya habían tenido esa conversación, cuando le contactó para concertar esa visita. Aunque Hainz no lo recordase bien, Thilo le dio todas esas respuestas unos días antes. Era testarudo, un incordio y él no lo eludía por mucho que lo intentara. Si no le contestaba, no le daría ni un minuto más allí. Cogió aire y lo soltó en forma de un único nombre:

—Aurel.

La cara del relojero se transformó al escuchar ese conjunto de fonemas. Su boca se entreabrió. Las pupilas se le contrajeron hasta convertirse en unos minúsculos puntos y temblorosos en el centro de sus ojos.

—Quería saber el nombre de mi protector y es ese. —Se encogió de hombros con pesadez—. Vengo a buscar un gólem del siglo XV que, si no me equivoco, está aquí. Quiere que escriba un relato sobre él.

El nombre de un demonio era poderoso. Agotaba a quien lo pronunciase. Creaba terror en quien lo escuchara. Tanto que, en los casos más extremos, el cerebro lo borraba para continuar con su funcionamiento.

Aurel era un demonio. Thilo sintió aquella palabra como un repentino peso en los hombros y un mareo, fingió que no le afectaba. Había aprendido por las malas a hacerlo.

Hainz se quedó paralizado con los labios a punto de pronunciar una frase, que no nació. El escritor se giró, como si no le preocupara lo más mínimo. Escaló los peldaños hasta alcanzar la trampilla. Notó la entrada al desván atascada, necesitó de toda su fuerza para abrirla. Aunque deducía que ese lugar lo transitaba la familia de relojeros, haría tiempo que no recurrían a él.

El interior estaba oscuro. Solo era capaz de distinguir los objetos más próximos gracias a la luz del piso inferior. Cuando subió del todo, se irguió y rebuscó en el bolsillo su mechero de yesca. Iba a gastar una buena cantidad de mecha para ver algo. Refunfuñó en voz baja, siempre en su lengua natal, al pensar en que pronto necesitaría otro recambio.

La llama naranja bailó al ritmo de la brisa que entraba por una grieta en la pared. Los muros del trastero todavía conservaban su vieja estructura de madera y piedra. No habían sido recubiertos por el yeso de la última reforma. Esparcidas por el suelo, encontró herramientas a punto de deshacerse en pedazos por el óxido. Las cajas se apilaban como bloques de construcción, algunas en un equilibrio demasiado inesta-

ble. Entre el cartón de las más modernas y los tabloncillos de las antiguas, anidaban las arañas. Cientos de historias flotaban en el aire igual que los olores y el polvo. Saturaban el sentido especial que Thilo tenía. Quiso ponerse el guante, la piel era su medio favorito para entrar, pero en su lugar guardó la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Un gólem no es algo precisamente pequeño —comentó en voz alta y que así sus pensamientos no se mezclaran con todo lo que le contaban los objetos—. No debe de ser difícil de encontrar.

En Praga había muchos gólems desperdigados de forma aleatoria entre casas de coleccionistas, almacenes de museos y sinagogas. Al principio, le emocionaba encontrarse con ellos, a la espera de dar con el de sus cuentos. Sin embargo, con el paso del tiempo había desistido. Ninguno era más que barro cocido. Cuando investigó sobre ellos, pensó que dar con uno en concreto sería imposible.

«Quiero que me hables del gólem que fabricaron Mikuláš z Kadaně y Jan Šindel después de las guerras husitas». Eso fue todo lo que el demonio dijo.

No podía quejarse. Le había dado dos nombres con los que trabajar y una fecha aproximada. La mayoría de las veces contaba con menos información. Averiguar que los creadores del gólem habían sido los artífices del Reloj Astronómico le condujo hasta ahí. No había mucho más acerca de ellos y casi nada sobre su segunda creación juntos. Aunque por algunos textos intuía que tuvieron ayuda de alguien más.

Usó un instante para volver los ojos a la trampilla. En la planta de abajo el empresario continuaba con la mirada perdida y la respiración agitada. Por eso ocultaba el nombre de Aurel. Por muy testarudo que fuese, no se merecía el miedo y los largos minutos de parálisis que generaba. No obstante, seguro que él sabía dónde estaba la estatua. Y en ese estado sería mucho más fácil que respondiera.

—Señor Hainz. —Le llamó mientras se agachaba frente a la apertura para que le viera bien. Él elevó los ojos y puso el gesto de quien despertaba tras una borrachera. Parecía lo bastante cuerdo como para ser capaz de contestar, pero no tanto como para comprender a qué—. ¿Usted sabe dónde está el gólem?

Giró la cabeza igual que lo haría alguien que no reconoce el idioma que ha escuchado. Por un momento, pensó que no pronunciaría nada.

—Bueno, sí. Cuando mi padre murió busqué entre las herramientas que había dejado ahí y lo vi. Pero... —Calló. La frase se quedó cortada durante tantos segundos que Thilo repicó los dedos en su rodilla con prisa. Tras tragar saliva, el hombre continuó—: Pero es un gólem extraño, no se parece a los demás. Está en un gran arcón, debajo de las cajas donde se guardan las partes estropeadas de las figuras.

Él giró la cabeza por si veía algo así. Sin embargo, en aquel desván se habían apilado demasiados trastos, era imposible encontrarlo a simple vista.

—¿Por qué no hizo nada con él? —inquirió mientras oteaba las sombras del cuarto—. Es una antigüedad, seguro que es muy valiosa.

—Es solo barro. A nadie le interesa lo suficiente ni como para tirarlo a la basura con lo que pesa. Lleva ahí siglos.

La respuesta fue tan contundente que consiguió que observara al señor Hainz de nuevo. Pensó que se habría recuperado, pero no era así. El hombre seguía con la mirada vagando por algún rincón de la sala, adormilado y confuso. Thilo había visto lo mismo muchas veces durante los últimos tres años.

Aurel.

A él todavía le asustaba igual que el primer día que esos sonidos salieron de su garganta.

El chico se mordió el carrillo, era un recordatorio de que tenía asuntos que atender y también un castigo.

—Márchese, señor Hainz. Muchas gracias por ayudarme y siento todo esto.

Por un segundo no supo si el empresario lo haría o no. Tal vez su compromiso con el reloj era demasiado grande como para abandonarlo con un desconocido. No fue el caso. Se resistió unos instantes, pero sucumbió a ese extraño malestar. Sin decir nada, se escapó por la puerta, que al principio se había negado a abrirle. Thilo no despegó los ojos del quicio hasta que los pasos se hicieron inaudibles.

Con la única compañía de los doce apóstoles de madera, se puso en pie y encendió de nuevo su mechero. Giró sobre los talones. Con una lógica simple, pero nada cuestionable, dedujo que algo tan antiguo se ocultaría en lo más profundo del trastero.

Resopló con fuerza y sacudió las manos para ponerse en faena.

Movió cajas, muchas más que cuando se marchó de Ljubljana. Estaban colmadas de objetos polvorientos y telarañas. Hubo un momento en el que encontró un candil y unas velas llenas de mugre. Fue un alivio. Después de tanto esfuerzo necesitaría un buen cigarrillo y al mechero le quedaba poco para agotarse.

Las agujas del reloj siguieron su perfecto baile al ritmo de las historias del lugar. Oía voces en forma de susurros, de vez en cuando veía sombras de un teatro chinesco. Estaban en todas partes, en un sitio tan antiguo era imposible ignorarlas. Le provocaban ya un dolor de cabeza incipiente.

El arcón se hallaba al fondo, perdido entre cajas y cubierto por una tela, que algún día fue blanca. Las polillas y los ratones se habían encargado de mordisquearla a conciencia. Thilo temió que se deshilara en cuanto la quitase, pero solo levantó una nube de polvo. Debajo descubrió un montón de tablones llenos de moho unidos entre sí por clavos oxidados. Le recordó a un ataúd, uno muy pobre, de alguien olvidado que no importase a nadie. La madera podrida susurraba con voz ronca. Apoyó la vela en el suelo y abrió la tapa. No se puso el guante que le faltaba, pero lo usó para no tocar más de lo necesario.

Dentro descansaba el gólem.

Agarró el candil de nuevo para verlo a la luz. No era tan grande como lo había imaginado, de hecho, era más pequeño que él. Parecía poco más que una colum-

na de barro a la que hubieran dado una silueta humana tosca. No tenía más cara que un par de piedras pulidas de color violeta a modo de ojos. Pese a la suciedad que las cubría, Thilo supuso que eran amatistas. Si aquella era la cabeza, un palmo más abajo, donde se unirían las clavículas, había una inscripción en hebreo. No conocía el idioma, pero había leído suficiente del tema para saber qué ponía: «Emet».

«Verdad». La palabra sagrada que haría que el gólem se moviese. O que debía. Estaba claro que aquella figura nunca había sido más que una vasija sin acabar.

¿Por qué Aurel tendría tanto interés en ese montón de arcilla? El demonio prefería relatos de objetos conocidos. Algunos ya protagonizaban sus propias leyendas. Siempre decía que buscaba algo en ellas, algo importante y que cualquier pista le ayudaría. Pero el gólem no cumplía esas características, apenas se conocía su existencia. Su historia se limitaría a la oscuridad y al polvo. Al olvido.

Eso le gustaba. Hacía que fuese más intrigante. No sabía qué encontraría al poner la mano en el barro, qué cuento le narraría para que él lo escribiera. Para que se lo quedase y lo hiciera suyo. La idea fugaz de encontrarse ante su leyenda favorita le aceleró el pulso un instante. Durante un par de latidos, creyó que ese gólem podía ser real. Ni siquiera se dio cuenta de que sonreía.

Se arrodilló junto al féretro y acercó los dedos desnudos a las letras grabadas en el torso del gólem. Eran muescas profundas, hechas a golpe de cuchillo. Si no

hubieran seguido un claro patrón, habrían parecido puñaladas dadas con rabia. Los surcos de sus huellas dactilares rozaron la tierra cocida. Un instante. Solo con el índice y el corazón. Eso bastó para que su mente se llenase de imágenes.

Humo. Una puerta cerrada. Fuego. Un incendio y un terror que dolía en su pecho. Había chillidos, los notaba en la garganta como si fuesen suyos. Olía a azufre. A papel quemado.

El tictac de un reloj imaginario se mezcló con el real. Luego hubo campanas.

Ya eran las ocho.

Thilo dio una enorme bocanada de aire. Fue un grito ahogado, el mismo que emitiría si le estrangularan. Soltó el candil. La visión se había llevado todas las fuerzas de sus manos y no podía con el peso. El corazón le latía tan fuerte que el pulso se le notaba hasta en la última de sus arterias. Los ojos miopes. Un zumbido sordo en los oídos. Todas las historias se habían callado, lo único que quedaba eran las llamas que le rodeaban.

Tardó varios segundos en percatarse de que estaba a oscuras, pues la luz del fuego seguía grabada en sus retinas. La vela con la que se iluminaba había caído. Se había apagado al encontrarse con la arcilla.

Con los dedos temblorosos encendió su mechero, lo intentó tres veces antes de lograrlo. Ya no había nada de curiosidad, solo terror y el deseo de marcharse de esa sala por si el incendio regresaba. Mientras se levantaba, echó un último vistazo al gólem. Tenía una oscura mancha justo por debajo de la palabra sagrada, ahí

donde la vela había caído. Mirarlo hizo que se marease. Se apoyó en un mueble astillado para no caer.

—¿Qué ha sido eso? —dijo en voz alta como si pretendiese que alguno de los otros objetos le contestara.

Llevaba tres años robando historias para Aurel. Nunca había tenido una visión así, tan intensa que le hinchara el corazón hasta dejarlo cerca de estallar. Que le provocara auténtico miedo a morir quemado. Sentía la cabeza embotada y una arcada a punto de escaparse de su estómago. El suelo de madera crujía bajo sus pies, amenazaba con hundirse.

Tenía que volver a casa. Como fuera. O por lo menos salir de ese lugar. Ya habría tiempo para meditar sobre la visión que el gólem le había dado.

Necesitaba aire, lejos del fuego.



Calor. Mucho calor. Al principio fue agradable, una reminiscencia de lo que era la vida. Después, se convirtió en dolor. Se coló por los poros de algo similar a su piel, pero que no lo era. Llegó al tuétano de algo que parecía un esqueleto, sin serlo de verdad. Quiso gritar. Su boca no articulaba ningún sonido. Ya había sentido las llamas antes. Su cuerpo lo recordaba, aunque su mente no lo hiciera. Los inicios y los finales a veces son demasiado similares.

Lo primero que movió fueron los dedos. Con ellos notó que estaba en una crisálida. Era un cascarón duro, que tras el abrasador calor se enfriaba.

Tenía que romperlo y escapar de él.

Había una tarea que hacer.

Apenas giró la muñeca una pizca. Sus articulaciones estaban duras y rechinaban. Hueso con hueso, o piedra con piedra, como si no hubiese nada que los separase. Pero necesitaba salir, por ello, las forzó. No solo las de las manos, también las rodillas, las caderas, los hombros...

La cubierta se quebró. El sonido de unas campanas hizo que todo retumbara y que el sueño acabase por completo. Se sentó, dejó atrás la pupa de arcilla en la que había despertado. El exterior estaba casi tan oscuro como su capullo. Apenas habría visto sus manos de no ser gracias a un rayo de luz violácea, que entraba por una rendija en la pared.

Se observó un momento. De la muñeca derecha colgaba un trocito de madera lleno de picos atado con un cordel. Tenía el cuerpo cubierto por una tela y los pedazos de tierra cocida que acababa de romper. Notaba el roce de su propia melena en la espalda. Había en ella el ligero aroma del azufre.

Sabía que aquellas partes eran suyas porque estaban unidas entre sí, no porque las recordase. En su cabeza solo existía el fuego que había hecho que se durmiese y el fuego que logró que despertara. Y una única idea: una tarea a la que no podía renunciar.

Se puso de pie. El primer paso fue extraño y confuso. Tropezó con la tela que ocultaba su piel que no era piel. Tambaleándose, llegó a la minúscula grieta de la pared. Deslizó los dedos por las formas irregulares de la piedra. Parecía una herida a la que nadie hubiera

dato sutura. Era el punto débil de algo tan poderoso como las rocas.

Habría cogido aire, pero no lo necesitó. Se apartó del muro solo para tomar impulso y embestir. El resquicio se agrandó. Golpeó de nuevo el hombro contra la fisura. La convirtió en un enorme agujero por el que escapar. Los pedazos del tabique cayeron al vacío. El estruendo hizo que la estructura temblara de abajo a arriba.

Debía doler. Sin embargo, no lo hacía. En su lugar, sintió algo más importante: viento. Era suave y llevaba un aroma que ya había olido en un sitio que carecía de nombre. Cerró los ojos. No respiró, solo dejó que el aire rellenara los huecos vacíos de su cuerpo. Estuvo ahí, sin moverse. Había extrañado la brisa nocturna igual que a una vieja amiga. Tras tantos segundos que no habría contado, aunque recordase cómo hacerlo, separó los párpados.

Todo era violeta, como las amatistas.